SAINETE NUEVO

TITULADO

FUERA.

PERSONAS.

Don Terencio.
Niquiñaque, gracioso.
Don Genaro.
Martin.
Doña Margarita.
Pepa.

Mutacion de patio ó portada cerca de la sala, que es entrada á la casa de don Terencio, puerta al segundo bastidor de la izquierda, que da entrada á toda la casa.—Sale don Terencio de casaca, sombrero y baston.

Terenc. Qué hora será? Yo no sé,
porque el reloj mio anda
cuando quiere, y para eso
ó se adelanta ó se atrasa!
Sobre poco mas ó menos
ya será hora: vaya, vaya,
este criado perverso
hace una hora que á la plaza
lo mandé que me trajera,
para cenar hoy en casa,
una asadura de cerdo,
y el gran bribon tanto tarda,
que estoy por desesperarme;
mas ya viene: llega, acaba.
Qué risa es esa, salvaje?

Sale Niquiñaque con un papel.

Niq. Como usted á saber llegara
de qué me rio, se habia
de reir á carcajadas.
Ter. Pues cuéntalo.

Niq. Deme usted
cuatro cuartos por la gracia,
y de Pe á Pa le encajo
cómo fué.
Ter. Con una estaca
te romperé una costilla
si te me vienes con chanzas.
Niq. No señor, yo lo agradezco,
oiga usted el cuento: de casa
salí (como usted mandó
á decir con la criada)
á comprar una asadura:
iba por ella en volandas
por tenerla, y me dijo
la cocinera que estaba
con jaqueca, y no podia
asistir á cocinarla,
por lo que era menester
que yo á usted se la guisára.
como no he sido hostelero
ni cocinero, dudaba
cómo, con qué y de qué forma
la tal cosa se estofaba;
por fin me determiné,
fuí por ella, y al que estaba
vendiendo le pregunté
de qué forma se guisaba?
y me dijo que la mas
sabrosa y pulida salsa
que podia hacerle, era con
manteca, vino, avellanas
y otras cosas imposibles
que en mi memoria guardara:
por lo que le supliqué
que en un papel lo apuntára
y no se me olvidaria:
hízolo de buena gana;
tomé pues mi papelito,
y viniendo por la plaza
llegó un perro, y sin decir
oste ni moste, me agarra
la asadura entre sus dientes,
y mas veloz que una bala
iba saltando con ella
alegre como una pascua.
Yo que le veia correr,
me reia con gran gana
de ver que el muy inocente
con la asadura se escapa
sin saber cómo se guisa
ni cómo se hace la salsa,
porque yo tengo en mi mano
el papel que lo relata.
Ter. Pues el perro necesita
para comerla que le hagan
guisado alguno?
Niq. La come
cruda?
Ter. Y muy cruda.
Niq. Caramba!
sin guisarla le hará daño.
Ter. A los perros no les daña.
Deja, chilindrinas, y oye:
Yo tengo que irme de casa
por todo el dia de hoy
á mi huerta. A tí encargadas
dejo mis cosas, mi hija,
y el mueble de la criada:
y pues que viudo me encuentro
(de lo que doy á Dios gracias)
cumple tú conmigo bien,
que si acaso me da gana
de casarme, puede que...
Niq. Conmigo usted se casára?
Ter. Calla hombre, no digo eso.
Si, que por no dar madrastra
á mi hija la dotaría,
y tal vez te la entregara.
Niq. A mí!
Ter. A tí.
Niq. A mí!
Ter. A tí.
Niq. Vaya, usted, señor, se chanza.
Ter. No me chanzo, tú eres hijo
de buenos padres, tu cara
no es maleja, aunque un poquillo
la persona estrafalaria,
pero en vistiéndote...
Niq. Ya:
solo saber ahora falta

si querré casarme.
Ter. Eh!
Querrás?
Niq. No querré.
Ter. La causa?
Niq. Amo mio, usted ya es viejo,
y las culpas atrasadas
lo tienen algo achacoso:
y si á las primeras aguas
se revuelven los humores
vá usted á mascar tierra: Vaya
que me encontré ya casado,
que heredamos cuanto haya,
que en gastos de boda, entierro,
médicos, botica, y cuanta
zarandaja se ha ofrecido
se fué la mitad sin falta
del caudal: Luego la niña,
como ama de su casa
y legítima heredera,
triunfa, derrocha, malgasta
en bailes, cenas, cortejos
y ungüentos para la cara.
Eh, ya se acabó el dinero:
quedan algunas alhajas;
se venden para comprarle
un vestido á una operanta,
y nos quedamos asperges
cantando la nininaina:
Empieza á tener la esposa
ánsias de heredero: cata
que se le antoja comer
hongos de Menomotapa,
que se los traigan preciso,
y lo mas preciso falta:
Qui faciendum?
He de ahorcarme?
Llega la hora en que clama
mi esposa por dar empujes;
y á un empujon, ahí es nada:
cátate otra pacotilla.
A esto me dice mi amada
consorte: yo necesito,
marido mio, de una ama.
Necesito...ya usted sabe
lo que necesita: canta
(al compás de mi paciencia)
Juan carbon, Juan ensalada.
Juan aceite, Juan vinagre,
Juan carnero, Juan castañas:
y yo respondo, Juan cuernos,
que en mi cabeza se hallan
tales embolismos,
es imposible que haga
intenciones de casarme
aunque me hicieran Tetrarca.
Ter. Dices bien,
porque el buey suelto....
Niq. Las costuras le hacen llagas.
Ter. Ya que no quieras casarte,
con todo, mi confianza
la dejo en tí, para que
no dejes que nadie en casa
entre á parlar con las niñas.
Niq. Descuide usted
que aunque lanza
á lanza, viniese don
Quijote con Sancho Panza,
no pasarian del umbral
sin quedar en la estacada.
Ter. Pues para advertirlas á ellas
de todo, voy á llamarlas.
Ah muchachas: Margarita, Pepa.

Salen por la izquierda Margarita y Pepa.

Las dos. Señor, qué nos manda V?
Ter. Chicas, yo me voy
ahora á mi huerta, de entrambas
espero guardeis el mismo
respeto que si me hallara
presente yo, á Niquiñaque,
pues es mi gusto que haga
con vosotras los oficios
de padre, pues confianza
tengo de sus procederes.
Marg. Descuídese usted que en nada
faltaremos al respeto
que exije nuestra crianza.

Ter. Quedaos con Dios: Niquiñaque,
cuenta con lo que te encarga
mi cuidado.
Niq. Usted descuide... *(Vase D. Ter.)*
que no, no habrá falta en nada.
Niñas?
Pepa. Qué hay?
Niq. Marchad adentro,
que ya empieza mi eficacia
á ejercer las facultades
que mi buen amo me encarga.
Marg. Ya nos iremos.
Niq. Prontito.
Pepa. Poca bulla y pocas plantas,
que no tengo la cabeza
para oir mamarrachadas.
Niq. Cómo! qué término es ese
á un homdre de mi prosapia?
Pepa. Ah! el buen Niquiñaque
desciende de la Giralda.
Niq. Vaya, con gente sin barbas
no quiero gastar razones.
Marg. A su ama bravatas!
Pepa, démosle una tunda
y no volverá á echar plantas.
Pepa. Mejor será. *Le dan una soba.*
Niq. Ay qué demonios,
que me repelan las barbas.
Marg. Por cierto buen pedagogo
mi padre me destinaba.
Niq. Ahí no es nada, ¡San Macario!
de perro dogo me tratan.
Las dos. Toma estos cuantos pellizcos
en pago de tu eficacia.

Vanse izquierda.

Niq. Ay! ay! malditas seais:
ciertamente que me tratan
como si fuera su padre:
no, pues ahora en la trampa
caisteis que os echo la llave,
y no saldreis para nada.

Cierra la puerta izquierda

Voy... mas cátate á los novios
de mi ama y la criada;
ellos me matan á palos
porque les dije no hablaran
con ellas, ó que á mi amo
al punto se lo contaba,
no hay duda; hoy es dia aciago
y todo será desgracias.

Han salido por la derecha don Genaro y Martin, y hablan aparte.

Gen. Vamos á ver si logramos
echarla de casa, y sea
del modo que hemos dispuesto.
Mart. Vamos á ver. Qué paciencia,
Niquiñaque, te acompaña
cuando á esta hora debieras
haber echado á correr
á remediar la tragedia
que contra el caudal de tu amo
está pasando en la huerta.
Niq. Pues qué es lo que ha sucedido?
Gen. Ahí no es nada: á la hora de esta
ya es tu amo casi pobre.
Niq. Pues quién le roba la hacienda?
Mart. La desgracia.
Niq. Qué desgracia?
Mart. Echa á correr con viveza
á remediar el estrago.
Niq. Y á dónde?
Gen. Dónde? A la huerta.
Niq. Pues voy por el sombrero.
Marg. Ahora te detienes en frioleras?
Niq. Pues iré sin él.
Mart. Corriendo.
Niq. Corriendo voy: pero sepa
yo á lo que voy, y qué desgracia
es la que pasa en la huerta.
Gen. Que la viña de tu amo
está ardiendo, sin que pueda
apagar nadie el incendio.
Niq. Ay Dios qué infausta tragedia!
San Anton sea con nosotros.
Mart. Anda corriendo, qué esperas?

Niq. Voy volando: y arde mucho?
Gen. Un dolor es ver las cepas
arder, sin haber un alma
que cortar el fuego pueda.
Niq. Jesus, Jesus, qué desgracia!
voy... una pregunta suelta.
Gen. Vaya, dí.
Niq. Y usted ha visto el fuego?
Gen. Por mis ojos, y no quedan
mas que seis cepas ú ocho
en la viña, que no sean
arrasadas del incendio.
Niq. Pues si hay de aquí
allá tres leguas
todo estará hecho cenizas
cuando yo llegue, y no es cuenta
que tome yo un tabardillo
y nada remedie; sea
lo que Dios quisiere.
Gen. Hombre, *Aparte los dos.*
mal nos salió nuestra idea:
mejor es lo que pensamos
antes, en darle cuarenta
ó cincuenta pesos, pues
el dinero es llave maestra
hasta de los corazones.
Mar. Bien decís: vamos, y sea
pronto, antes que venga el viejo.
Gen. Pues entablemos la arenga.
Dime, hombre, bastarán
veinte y cuatro, serán treinta?
Niq. Si serán palos, Dios mio!
Mar. No serán treinta,
cincuenta y fuertes.
Niq. San Sinforiano
permita no sea Palencia.
Mar. Oyeme aquí, Niquiñaque;
todo cuanto de la huerta
y de la viña hemos dicho
ha sido todo pamema,
por hacerte que de casa
por un buen rato salieras
para hablar nosotros dos
con las muchachas; mas piensa
nuestro buen juicio ahora
regalarte, porque puedas
comprarte un vestido; con que
si consientes que con Pepa
y con Margarita, yo
y mi amo, aquí á la puerta
dos palabritas hablemos,
estando de centinela
tú, por si su padre viene;
hemos de darte cincuenta
pesos fuertes cabalitos.
Niq. Conque quieren á la puerta
hablar solo dos palabras
con Margarita y con Pepa,
y darme cincuenta duros
por esta condescendencia?
Gen. Sí.
Niq. Me convengo.
Adios honra montañesa,
ya se la llevó el demonio
en cuanto olió las pesetas.
Gen. Vaya, hombre,
en qué te detienes?
Niq. Ya voy corriendo á traerlas.
Ah... muchacha! Margarita.

Saca á Margarita en brazos por la puerta izquierda.

Don Genaro aquí está.

Va por la otra.

Marg. Querido Genaro mio...
Gen. Qué de fatigas me cuesta
verte y hablarte!

Saca Niquiñaque á Pepa.

Niq. Martin,
aquí está estotra.
Mart. Mi prenda...
Pepa. Querido Martin, mi bien...
Niq. Ahora me llevo esta.

Vase con Margarita.

Gen. Cómo tan presto? oye, aguarda.

Sale Niquiñaque y se lleva á Pepa, cierra con llave la puerta y vuelve al teatro.

Niq. Vámonos corriendo, Pepa.
Mart. Aguarda con mil diablos.
Gen. Cierto que ha estado buena
la locura.
Mart. No he visto otra.
Niq. Ahora la paga venga.
Mart. Cómo hemos de pagarte
si apenas hablar nos dejas,
cuando las vuelves á dentro
y luego la llave echas.
Niq. Ustedes me han dicho á mí
que querian hablar con ellas
tan solo dos palabritas:
las hablaron, y así vengan
los cincuenta mejicanos
pues yo cumplí mi promesa.
Mart. Hombre, qué material eres!
Dos palabras, cosa es cierta,
quiere decir un par de horas,
ó á lo menos hora y media.
Niq. Díganme ustedes
que quieren ámpliamente
hablar con ellas
dos ó tres horas, ó cuatro
y está entendida la idea.
Mart. Eso, eso.
Niq. Pues me parece
(salvo meliori) que hicieran
lo que voy á proponer.
Mart. A ver, dí.
Niq. Toda decencia
No es buena siempre?
Mart. Es así.
Niq. Hay mil gentes que si llegan
a ver que mi amo ha salido
y que entran con tal llaneza
dos petrimetres, de juro
murmurarán sin conciencia.
Mejor es que entren ustedes:
traten allá lo que quieran
con satisfaccion, y así
se evita el que malas lenguas
hablen lo que no es razon
contra gentes de modestia.
Gen. Es idea como tuya.
Mart. Qué grandemente
que piensas!
solo una dificultad
encuentro: ¿y si el padre llega?
Gen. Que nos avise Juanillo.
Mart. El cómo ha de ser,
contempla mi discurso.
Niq. Yo diré
que viene el viejo.
Mart. No pega.
Niq. Que viene el padre.
Mart. Tampoco:
Una palabra que tenga
dos sentidos ha de ser.
Niq. Pero cuál será?
Mart. Dí... *Fuera.*
Niq. Quédense ustedes con Dios.
Mart. No, no te vayas, espera:
si lo que quiero decir
es, que cuando el padre venga
digas *Fuera*, para que
nosotros á toda priesa
salgamos.
Niq. Ay! ya lo entiendo:
con que yo para que sepan
que llega el padre, diré
Fuera.
Gen. Esa será la seña.
Niq. Y ustedes al instantito
corriendo saldrán á *Fuera?*
Los dos. Sin detenernos.
Niq. Pues vayan
sin tener la menor pena
y hablen cuanto les dé gana
hasta que yo diga *Fuera.*
Gen. Cuidado, que avises, chico!
Niq. Primero el dinero venga.
Gen. Ahí lo tienes todo en oro.
Niq. Entren ustedes, no teman.

Abre y los entra.

Qué fortuna que he tenido!
vean ustedes con cincuenta
pesos fuertes de ganancia
á Niquiñaque: de qué procede?
de nada, de una friolera,
de un trabajo que no vale
dos cuartos, por decir fuera.

Sale don Genaro y Martin por la puerta izquierda tropezando por la prisa.

Los dos. El padre, el padre.
Niq. Por dónde
viene el padre?
Mart. Aquesta es buena!
pues no avisaste diciendo
Fuera?
Niq. Miren qué pamema!
Yo estaba hablando conmigo
sin que por aviso *fuera.*
Mart. Por salir pronto me he hecho
un chichon en la cabeza.
Gen. Yo por correr me he dado
un trastazo en esta pierna.
Niq. Vaya, adentro.
Los dos. Pues cuidado.
Niq. Ya que entrais á hablar con ellas,
el cuidado es, proceder
en un todo con modestia.
Gen. Pues de nosotros podia
pensarse de otra manera?
Mar. Ademas de esto, las niñas
son muy honestas doncellas,
recatadas, virtuosas
y con estremo muy buenas.
Niq. Muy buenas; parece
que hablan ustedes
por esperiencia.
Mart. Nosotros no, mas la vista
no creo engañarse pueda.
Niq. No puede? pues cuando va
alguno á comprar manteca
de Flandes, prueba de una
y de otra, hasta que encuentra
una buena que le gusta:
por qué asegura que es buena?
Mart. Solo por que la ha probado.
Niq. Pues aplique usted la cuenta.
A la mujer y al caballo,
el que le lleva la rienda,
conoce sus intenciones,
los demas no la penetran.
Gen. Me gusta tu genio, toma
diez duros por la agudeza.
Mart. Toma otros diez.
Niq. Vaya, entren
y prosigan con su arenga.
Los dos. Está bien.

Los entra á los dos.

Niq. He encontrado un buen oficio
cuando uno menos lo piensa
le da la fortuna un gusto
completo: yo, con setenta
pesos fuertes bien podré
comerciar: pondré una tienda
de carbon, aceite, y sal,
pajuelas, medias de seda,
vinagre, galones de oro;
de suerte que en doce meses,
que son los que el año cuenta,
tendré de caudal, sin duda,
ochocientos y cuarenta
duritos...

Sale don Terencio derecha.

Ter. Juanillo, has visto
si la llave de la puerta
del lagar me la he dejado
caer de la faltriquera
por aquí?
Niq. Por dónde vino
este demonio: aquí *Fuera*
no se le ha caido á usted,
porque cuando usted fué *Fuera*
la llevaba en el bolsillo,

(Autorizado según la ley vigente.)